

PRESENTACIÓN

El primer artículo de este nuevo número de la revista *SCIO* se debe a Miguel Argaya, profesor, escritor y poeta (permítaseme citar de su obra poética, *Luces de Gálibo* (1990) –VII Premio Rey Juan Carlos de poesía–, *Curso, caudal y fuentes del Omarambo* (1997) o *La ciudad, el deshielo, la palabra* (2007)). Frente a las lecturas estructuralistas, postestructuralistas, posmodernistas, reivindica Argaya la autoría del texto literario. Una vez más, hay que volver a pensar y proponer hoy lo que, en cierto sentido, es obvio (pues no se olvide que, como reconociera Paul de Man, “los modelos / de teoría literaria / que se están usando ya no son *simplemente* intencionales y centrados en un yo identificable” (*La resistencia a la teoría*, Madrid, Visor, 1990, p. 33)). Para Argaya, el “yo lírico” es una delegación del “yo de carne y hueso”: el primero deriva del segundo. Esta reflexión incluye el hecho de que el autor no se limita a expresarse a través de su obra. También quiere comunicarse con otros. Ahora bien, una “ley de amor” ha de presidir la comunicación literaria. Ésta es la sugestiva hipótesis de Argaya. Así, la transmisión del mensaje que lleva consigo la obra de arte, la comunicación interpersonal “autor-receptor”, necesita de un entramado de actitudes o *sentimientos morales*, en palabras de Hume, sin los que difícilmente aquéllas tendrán lugar.

José Vicente Bonet presenta una novedosa contribución a los estudios sobre Thomas Hobbes. Este trabajo confirma lo que solamente vislumbra quien estudia con cierta profundidad la historia de las ideas: la injusticia hermenéutica de las lecturas convencionales, tópicas, heredadas de las figuras importantes que configuran esa historia. En su trabajo, el profesor Bonet demuestra que la obra de Hobbes es un precedente moderno del fecundo “giro lingüístico” de la filosofía contemporánea. De haber atendido con más cuidado a esta fuente, quizá podría la filosofía moderna y contemporánea haber evitado, en buena medida, algunos de los errores que trae consigo el compromiso con el representacionismo. El tratamiento que Hobbes hace de los *nombres de segunda intención*



(nombres, no de cosas, sino de nombres y de oraciones) le permite advertir algunas ingenuidades de la metafísica anterior, pero también le ayuda a esbozar las características semánticas del lenguaje enunciativo, sin perder de vista el alcance de las formas (o actos) de habla no enunciativas. Este último apunte casa con un pensamiento que, como el de Hobbes, guarda un importante capítulo para la teoría política. No obstante, la atención al *ars docendi* del gobernante no impidió a este filósofo reconocer las exigencias del *ars inveniendi* —el correspondiente al descubrimiento de la verdad—. Como de un modo interesante sostiene el profesor Bonet, es precisamente en el tema de la verdad en el que confluyen los grandes temas (semánticos, epistemológicos, políticos) de la filosofía hobbesiana: ahí encontramos su acercamiento no deflacionista a este tema de siempre, su moderado convencionalismo, su compromiso con el evidencialismo (sin pasar por alto la búsqueda de la coherencia entre las proposiciones) y, en tensión con ella, su particular concepción del gobierno y la autoridad.

A cierta y más que revisable inercia en el pensar se opone Juan Manuel Burgos en su artículo sobre la naturaleza humana. La apelación *tout court* al concepto de “naturaleza humana” sirve cuando nos referimos a valores compartidos o cuando reivindicamos la igualdad entre todos los seres humanos, pero no consigue cerrar con éxito la discusión cuando lo que está en juego son valores morales discutidos hoy, como el en otras épocas aceptado estatuto natural de la familia monógama independiente. ¿Qué hacer entonces? Burgos recomienda un procedimiento indirecto: intentar descubrir las razones antropológicas y éticas de la corrección o incorrección de, por ejemplo, la conducta que se discute. En suma, se trata de no “abdicar de la tarea de pensar, que es, ciertamente, fatigosa y difícil, pero inevitable en cualquier empresa en la que esté en juego la comprensión profunda del hombre”. Una admonición así recuerda la “prioridad del pensar filosófico” (Juan Pablo II, *Fides et Ratio*, § 4) frente al peso de las ideologías, de las posiciones-ya-conocidas-y-por-eso-no-consideradas-más, incluso (y sin renunciar a su búsqueda) frente a todo *sistema* de ideas.

Ana Ortega, profesora de la Universidad Católica de Valencia, nos presenta la obra del sacerdote y poeta polaco Jan Twardowski (1915-2006), sobre el que ha publicado recientemente un libro. Los ajustados análisis de la profesora Ortega consiguen estimularnos a conocer la poesía de Twardowski, sensible pero no afectada, profunda y a la vez accesible. El uso que este poeta hace de las antítesis y las paradojas, la libertad formal de sus versos, su impagable sentido del humor y su sencillez, consiguen ponernos en contacto con las grandes inquietudes del alma humana: la desesperación y la fe, el dolor y el amor, el Dios que se revela y se esconde, sin dejar de solicitar una y otra vez la atención de cada uno de nosotros. En la obra de Twardowski late esa humildad que permite al hombre no deslizarse desconsideradamente por la superficie de la realidad ni tampoco violentarla, sino afrontarla más bien con sorpresa, hasta con inocencia.

En “Ley natural, diálogo y tolerancia”, Mario Šilar intenta deshacer la descalificación que de la ética de la ley natural hace buena parte de la filosofía política contemporánea.



Según cierto prejuicio, la herencia que aquella nos ha legado, es una “rémora” para el ejercicio de la convivencia pacífica en nuestras sociedades. Como el trabajo del profesor Šilar nos recuerda, este descrédito afecta en nuestros días, hasta al uso de la etiqueta “naturaleza humana” –aunque vale la pena levantar acta aquí y ahora de la interesante revisión crítica que ha merecido semejante desprestigio, en intervenciones como las de Steven Pinker (*The Blank Slate. The Modern Denial of Human Nature*, 2002) o Marjorie Garber (*A Manifest for Literary Studies*, 2003).

De hecho, una mirada atenta a la historia de las ideas en Occidente descubre que el renacimiento de los estudios políticos y jurídicos en los siglos XII y XIII alimenta una concepción no reduccionista de, por ejemplo, ¡la tolerancia! –un término que, para algunos, ha adquirido el estatus de un “tótem” al que invocar cuando se hacen patentes los conflictos intraculturales o interculturales en nuestras sociedades complejas.

Permítasenos recordar que la tradición de la ley natural en la cultura occidental hunde sus raíces, no en la Biblia, la Patrística o la teología medieval, sino, cuando menos, en el estoicismo. Y, si bien se mira, distinguir entre ley divina, ley natural y ley humana (como hace el célebre *Tratado de la Ley* de Sto. Tomás de Aquino, recogido en la *Summa Theologiae* (I-II, qq. 90-108)) no entraña multiplicar entes jurídicos sin necesidad, sino abrir un camino, transitando el cual podemos hallar soluciones a los conflictos antes mencionados.

Una nueva aportación de la profesora Viejo Sánchez a la tradición vicentina cierra este nuevo número de la revista *SCIO*. El análisis del contexto histórico en el que Bernardo Catalá de Valeriola dedicó un soneto a San Vicente a finales del siglo XVI, sirve a la autora para diferenciar dos niveles en aquella tradición: el de lo contingente y el de lo perenne. Es costumbre añadir mensajes de distinto orden a la recreación artística de los personajes históricos relevantes. ¿Qué figura histórica puede evitar semejante práctica? Los seres humanos tenemos tendencia a instrumentalizarnos los unos a otros.

No es menos cierto, sin embargo, que podemos atrevernos a reivindicar lo nuclear de una tradición; en el caso que nos ocupa –el martirio de San Vicente a manos del gobernador Daciano en el siglo IV–, ese núcleo es el alcance de la fe cristiana. Kant escribió que un símbolo da que pensar. ¿No hay suficiente estímulo para el pensamiento, en la consideración de cómo los mártires cristianos (de forma señalada, San Vicente) afrontaban la tortura y la muerte? Si no es así, si esto o algo como esto no consigue espolear nuestra capacidad de reflexión, quizá la explicación se encuentre en una observación del poeta y crítico norteamericano Robert Hass: “lo último que la mayoría de la gente quiere, es ser consciente”.

Eduardo Ortiz Lluca

